



Hipertexto 17
Invierno 2013
pp. 163-168

**Historia y realismo mágico en la visión
haitiana de Alejo Carpentier en
*El reino de este mundo***

Héctor R. Romero
University of Texas-Pan American

[Hipertexto](#)

Pocas obras literarias han incitado mayor debate que el ocasionado a partir de la publicación en 1949 de la novela de Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*. Hablaremos primero sobre el famoso prólogo, publicado un año antes que la novela, prólogo cuyas ideas Carpentier luego expandió en su ensayo “De lo real maravilloso americano,” recogido en su libro *Tientos y diferencias* de 1967. El tema de lo real maravilloso que Carpentier aborda en ese prólogo ha ocupado la atención de numerosos críticos. *El reino de este mundo* también ha sido sometida a incontables exégesis, y los intentos de definir el Realismo Mágico, estilo literario que ha capturado la atención de críticos y autores fuera del ámbito hispánico, nos han llevado por varios derroteros sin que se haya podido establecer una definición de consenso. No vamos a entrar aquí en ese terreno donde han caminado otros críticos más capacitados que yo. En este trabajo enfocaremos *El reino de este mundo* a la luz de lo que el propio Carpentier ha calificado como lo Real Maravilloso, tendencia que se diferencia de lo que tradicionalmente se asocia con el Realismo Mágico, y esto lo haremos relacionando el controvertido prólogo con el discurso de la obra. Ya algunos críticos han apuntado que el realismo mágico no se debe confundir con lo real maravilloso (Rodríguez Monegal, González Echevarría), y el propio Carpentier en su conferencia “La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo,” publicada como parte del *Coloquio de Yale* en 1984, acepta haber acuñado el neologismo de lo real maravilloso.

En el prólogo, Carpentier nos advierte sobre el fondo histórico de su novela y cito:

...[e]l relato que va a leerse ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa que no solamente respeta la verdad histórica de los acontecimientos, los nombres de los personajes—incluso secundarios—de lugares y hasta de calles, sino que oculta, bajo su aparente intemporalidad, un minucioso cotejo de fechas y de cronologías. (14)

El fondo histórico y el exhaustivo trabajo de investigación llevado a cabo por Carpentier ha sido comprobado y avalado en el excelente estudio de Emma Susana Esperatti-Piñero, *Pasos hallados en El reino de este mundo*, quien prueba que incluso personajes a quienes varios críticos habían tenido por ficticios—tales como Solimán, Ti Noel y su amo Lenormand de Mezy—tuvieron una existencia real, o fueron recreados a partir de un personaje de nombre parecido. Tal es el caso de Ti Noel, único personaje de la novela al que se le puede atribuir el rótulo de “ficticio,” hasta cierto punto; y hago el *caveat* de hasta cierto punto porque Esperatti-Piñero lo relaciona con Petit Noel Priere, personaje real y uno de los jefes de banda que luchó contra Leclerc.

Dada la documentación extremadamente rigurosa e histórica de la narración, nos asombramos que un crítico del calibre de Verity Smith, en su artículo, “Ausencia de Toussaint: interpretación y falseamiento de la historia en *El reino de este mundo*,” critique a Carpentier por haber dejado a un lado el desarrollo de varias figuras claves, de capital importancia, durante este período histórico. El profesor Smith se queja de la casi ausencia de Toussaint Louverture y de dos de los tres jacobinos negros, y lamenta la visión personal e inexacta de la historia de Haití que el cubano ofrece en su novela. Haciéndole justicia al profesor Smith, vale aclarar que éste ofrece varias razones por las que, según él, Carpentier cambia la historia “en ficciones que se presentan al lector como fechas y datos fehacientes” (275). Smith, y algunos críticos más, han mencionado la deuda de Carpentier con Unamuno sobre el concepto de “intrahistoria” desarrollado por este último, pero se le escapa el concepto tal vez más sencillo de todos. Es indudable que Carpentier nunca tuvo la intención de escribir una novela histórica. De haber sido así, podría muy bien haberlo hecho dado la exhaustiva investigación histórica, y de otras fuentes, que Carpentier llevó a cabo, y que se ha comprobado en el excelente estudio de Esperatti-Piñero. Pero aparentemente ésa no fue la intención del autor. En esta novela Carpentier se aparta del surrealismo francés, en cuyas filas profesó por algunos años, para crear su imagen de lo real maravilloso. El impacto de su visita a Haití en 1943 lo hace percibir la realidad, en especial la realidad del mundo americano, de una forma distinta, no desde un punto de vista histórico, ni objetivo, como había sido la tradición realista, ni desde el punto de vista del realismo social, con el cual se desentiende ahora el cubano, sino con un nuevo concepto, el de lo real maravilloso que “surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad, de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce a un modo de “estado límite” (10). Véase, pues, que Carpentier intenta partir de una realidad, sí, pero alterada, y por ende, milagrosa, cuyos aspectos se perciben de manera especial por una exaltación del espíritu. Para recrear en el lector esta ilusión de “estado límite,” Carpentier parte de un personaje, situación o suceso histórico que él, el autor, ha escogido y reelaborado, no con la técnica de un historiador, sino con el arte de un escritor para crear su impresión de cómo funciona lo real maravilloso americano. Nadie mejor que Mario Vargas Llosa ha podido sintetizar en breves palabras, el complejísimo proceso creativo de Carpentier en la novela que nos ocupa: “Pocas veces, en la crítica

latinoamericana, un trabajo de paciente erudición ha sido tan fecundo para iluminar el encaminamiento mediante el cual un escritor de genio saquea el mundo real, lo desmenuza y reconstituye con la palabra y la fantasía para oponerle una imagen literaria” (2). Así, Carpentier escoge sus personajes históricos, los recrea dentro del marco de su discurso literario, los enmarca en momentos culminantes de sus vidas. Al igual, enfoca los objetos y paisajes desde perspectivas que pongan en relieve el contraste y lo milagroso. Para Carpentier, la revelación de este “milagro” sólo se produce a través de la fe porque “la sensación de lo maravilloso presupone una fe. Los que no creen en santos no pueden curarse con milagros de santos, ni los que no son Quijotes pueden meterse en cuerpo, alma o bienes, en el mundo de Amadís de Gaula o de Tirante el Blanco” (10).

Uno de los elementos más reveladores en la novela sobre este acto de fe tiene que ver con Mackandal, el mandinga dotado de poderes licantrópicos, capaz de asumir distintas formas y de dominar la naturaleza, aun la muerte. Así, al menos, lo imaginaban sus seguidores, entre ellos Ti Noel. Si así pensaban estos negros, razón de ello era la fe en su religión y en los poderes de sus dioses. El carácter simbólico de Mackandal como libertador y mesías se hace evidente en el siguiente pasaje cuando su muerte por incineración frente a todo el pueblo de blancos y negros es inminente:

El fuego comenzó a subir hacia el manco, sollamándole las piernas. En ese momento Mackandal agitó su muñón que no habían podido atar, en un gesto conminatorio que no por menguado era menos terrible, aullando conjuros desconocidos y echando violentamente el torso hacia delante. Sus ataduras cayeron, y el cuerpo del negro se espigó en el aire, volando por sobre las cabezas, antes de hundirse en las ondas negras de la masa de esclavos. Un grito sonó en la plaza. *¡Mackandal Sauvé!*. (51)

Después de este incidente, “los esclavos regresaron a sus haciendas riendo por todo el camino. Mackandal había cumplido su promesa, permaneciendo en el reino de este mundo” (52). Lo que ignoraban los esclavos era que en medio de la algarabía y confusión del momento un grupo de soldados logró agarrar al mandinga y devolverlo a las llamas, hecho que pasó inadvertido para los exaltados esclavos. Y es aquí donde se produce el milagro producto del “estado límite” que menciona Carpentier en su prólogo. El propio Carpentier relaciona este episodio directamente con lo real maravilloso al estar en una tierra “donde millares de hombres ansiosos de libertad creyeron en los poderes licantrópicos de Mackandal, a punto de que esa fe colectiva produjera un milagro el día de su ejecución” (11).

Esta fe es la causa de otro “milagro” anecdótico que también involucra a Mackandal, al igual que a Ti Noel y a la hechicera Mamán Loi, amiga del primero, y enfatiza la fuerza del vudú como creencia religiosa. Estaban los tres sentados examinando los hongos venenosos que se emplearían para la venganza de Mackandal, mientras Mamán Loi relataba los misterios de la cosmogonía haitiana:

... Mamán Loi enmudeció de una manera extraña cuando se iba llegando a lo mejor del relato. Respondiendo a una orden misteriosa, corrió a la cocina,

hundiendo los brazos en una olla de aceite hirviendo. Ti Noel observó que su cara reflejaba una tersa indiferencia, y, lo que era más raro, que sus brazos, al ser sacados del aceite, no tenían ampollas ni huellas de quemaduras, a pesar del horroroso ruido de fritura que se había escuchado un poco antes. Como Mackandal parecía aceptar el hecho con la más absoluta calma, Ti Noel hizo esfuerzos por ocultar su asombro. (31)

Carpentier, que conocía por el estudio la religión vudú, parecida en algunos aspectos a la santería cubana, sabía que los ya iniciados en las prácticas de esta religión podían soportar intolerables dolores físicos, al igual que quemaduras producto de aceites hirviendo o de barras de hierro candente. Esperatti-Piñero cita los trabajos de erudición que sobre este aspecto han escrito Dr. Jean Price-Mars, Melville J. Herskovits y Harold Courlander. Nótese la semejanza del pasaje citado de este último con el episodio de Mamán Loi. Según Courlander, cuando un loa (dios) posee a un adepto, éste “may trample in glowing coals, plunge his hands in boiling oil, or play with red-hot iron bars” (112). Evidentemente Ti Noel conocía muy bien los rituales del vudú y para él, el demostrar asombro sería una afrenta a la fe de iniciados como Mamán Loi o Mackandal. La importancia de este pasaje según Esperatti-Piñero radica también en que “prepara a Ti Noel para aceptar lo increíble y en cierto modo le promete resistencia especial en sus diversas tribulaciones” (113). Es interesante que en ninguna parte de la narración se relate la iniciación de Ti Noel en los rituales de vudú, aunque su fe en la religión y, sobre todo, en los poderes de Mackandal son evidentes.

Los historiadores y etnógrafos están de acuerdo que la práctica del vudú tuvo una importancia extraordinaria en el desarrollo de Haití, y fue la fuerza motriz que impulsó la evolución política del país. Pero esa fuerza intrahistórica consistía en hombres anónimos, en hombres sin historia que llevaban el quehacer de cada día y que movían los destinos de esa tierra. En *El reino de este mundo* Carpentier pinta en largas pinceladas una nueva realidad desde una perspectiva colectivista y americana. Como resultado decide relegar a un segundo plano la presencia histórica del imperialismo francés en Haití, y enfocar primordialmente figuras secundarias que reflejen mejor ese ambiente maravilloso que él desea destacar. Es por esto que recurre a personajes secundarios, Paulina Bonaparte en vez de Leclerc, Christophe en vez de Toussaint Louverture, cuya importancia radica en permitir al autor develar aspectos maravillosos de la cosmogonía haitiana o elementos antitéticos de la misma. Vale explorar el caso de Paulina Bonaparte en este sentido. El propio Carpentier explica la presencia de Paulina en la novela en el ya citado artículo de *Tientos y diferencias*. Refiriéndose al maravilloso mundo de contrastes que había descubierto en Haití, dice:

 Mi encuentro con Paulina Bonaparte, ahí, tan lejos de Córcega, fue, para mí, como una revelación. Vi la posibilidad de establecer ciertos sincronismos posibles, americanos, recurrentes, por encima del tiempo, relacionando esto con aquello, el ayer con el presente ... (Paulina Bonaparte fue, para mí, lazarillo y guía, tiento primero—a partir de la Venus de Canova—de los ensayos de indagación de los personajes que ... habría de animar mi *Siglo de las luces*, visto en función de luces americanas)”. (114)

A pesar de su personalidad sibarítica, erótica y decadente, excelente modelo para representar la decadencia de la sociedad francesa en Haití, Paulina encuentra en el Vudú que le enseña Soplímán semejanzas con sus primigenias creencias corsas que le permiten hacerle frente al pavor que sentía frente a la inminente epidemia de peste:

Se arrodilló a los pies del crucifijo de madera oscura, con una devoción aparatosa y un poco campesina, gritando con el negro al final de cada rezo: *Malo, Presto, Pasto, Effacio, Amén*. Además, aquellos ensalmos, lo de hincar clavos en cruz en el tronco de un limonero, revolvían en ella un fondo de vieja sangre corsa, más cercano de la viviente cosmogonía del negro que de las mentiras del Directorio, en cuyo descreimiento había cobrado conciencia de existir. (87)

Resulta claro que Paulina se convierte al Vudú, y en su viaje de regreso a Europa llevaba “un amuleto a Papá Legba, trabajado por Solimán, destinado a abrir a Paulina Bonaparte todos los caminos que la condujeron a Roma” (90).

No puedo terminar este trabajo, que por su brevedad no le hace justicia a la obra en cuestión, sin tocar en un punto que espero desarrollar en otra ocasión. La presencia de Unamuno en esta obra de Carpentier no sólo se resume al concepto de la intrahistoria, sino que forma parte fundamental del tema de la novela y de la lucha entre la fe y la razón, y de lo que Unamuno calificó como sentimiento trágico de la vida. En esto Ti Noel es figura clave, y creo que tanto los críticos que han visto en el final de la novela una teofanía donde Ti Noel es símbolo de Cristo, o aquéllos que ven en Ti Noel un símbolo de la explotación, no han llegado a calar el sentido existencialista de la obra. Creo que el carácter existencialista de la obra queda plasmado en la parte final de la novela cuando la voz narrativa hace recuento de las locuras licantrópicas de Ti Noel, quién:

...en un momento de lucidez ... comprendía, ahora, que el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas (156).”

Hasta aquí, la insistencia en el hombre, ese hombre de carne y hueso de Unamuno, esa lucha por encontrar una verdad, se asemeja a la filosofía unamuniana. Pero bruscamente, Carpentier da una vuelta a su reflexión para negar todo concepto de inmortalidad o trascendencia, y explica la prevalencia de lo material y racional, negando la inmortalidad que tanto preocupaba a Unamuno, y que pone a Carpentier dentro de un contexto hegeliano: “Por ello, agobiado de penas y Tareas, hermoso dentro de la miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo” (156).

El Reino de este Mundo ha sido aclamado como una de las mejores novelas hispanoamericanas del siglo veinte. Su estudio ha tenido como resultado varios libros e

innumerables artículos. Es una obra producto de una cuidadosa investigación y de un esmerado cuidado estilístico que revela la visión de lo real maravilloso americano, pero de igual importancia, y enmarcado en el contexto artístico e histórico de la obra, existe también la preocupación filosófica de Carpentier sobre uno de los temas más universales y antiguos de la humanidad, el hombre mismo.

Obras Citadas

Carpentier, Alejo. *El reino de este mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 2004. Impreso.

---. *Tientos y diferencias*. Montevideo: ARCA Editorial, 1967. Impreso.

Esperatti-Piñero, Emma Susana. *Pasos hallados en El reino de este mundo*. México: El Colegio de México, 1981. Impreso.

González Echevarría, Roberto. *Alejo Carpentier, The Pilgrim at Home*. Ithaca: Cornell University Press, 1977. Impreso.

Rodríguez Monegal, Emir. "Lo real y lo maravilloso en *El reino de este mundo*." *Asedios a Carpentier*. Ed. Klaus Muller-Berg. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1972. Impreso.

Smith, Verity. "Ausencia de Toussaint: Interpretación y falseamiento de la historia en *El reino de este mundo*." *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Editores Alejo Carpentier, Emir Rodríguez Monegal et. al. Caracas: Monte Ávila Editores, 1985. 275-284. Impreso.

Vargas Llosa, Mario. "¿Lo real maravilloso o artimañas literarias." *Letras Libres* 13 (2000): 1. Impreso.